

PATXI ZUBIZARRETA

Tres cartas desde
Pamplona
(1935-1940)

Traducción:
ANGEL ERRO

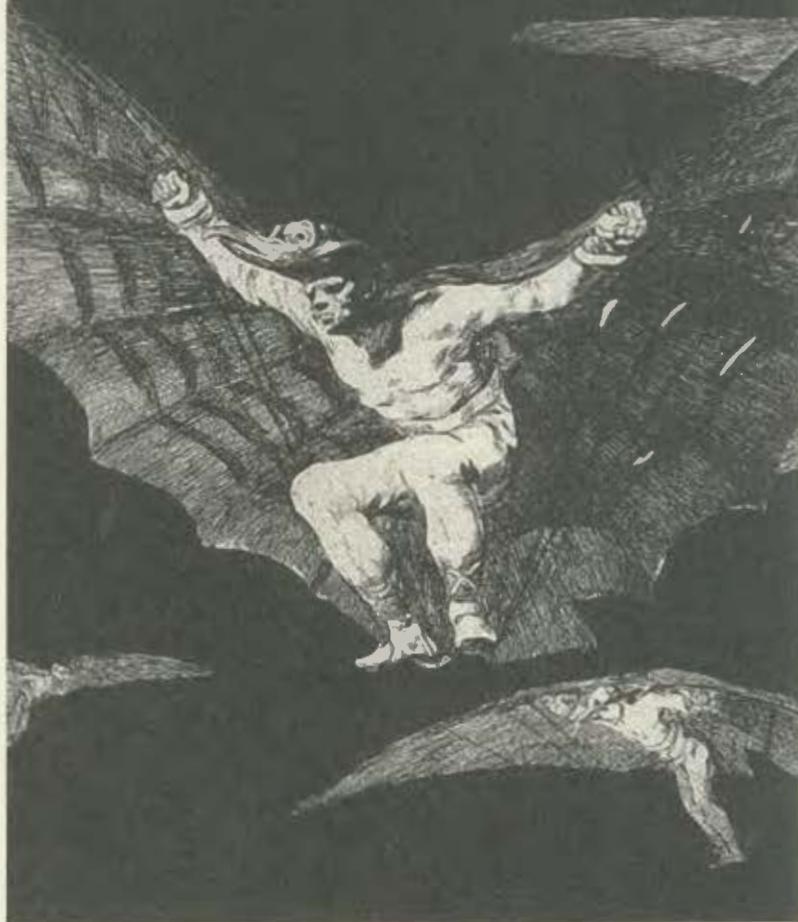


ÍNDICE



Primera Parte.....	13
Segunda Parte.....	53
Tercera Parte.....	97

Tres cartas desde Pamplona
(1935-1940)



Gabriel, bandido, ¿cómo te va la vida?

Aquí me tienes, como si fuera tu novia, sentado y dispuesto a escribirte esta carta justo el día siguiente a tu partida. Aún antes de conocer tu dirección... Pero como una castaña a la que hubieran quitado el caparazón. Nos has dejado un profundo vacío, malaje. Y sin embargo, aunque parezca una contradicción, también me siento satisfecho, lleno de recuerdos que creía olvidados.

¿Te acuerdas, Gabriel, de aquella vez que fuimos a Larraiz y volvíamos volando? Tal como solíamos hacer, alquilamos unas bicicletas y nos plantamos allá. Pero en aquella ocasión, por el camino, robamos una sábana que había tendida en una casa de Zaldivia y la convertimos en nuestras alas. Todavía recuerdo con qué expectación la partimos por la mitad, ayudados de una pequeña navaja, y cómo, a continuación, atamos los trozos a sendas ramas y los dispusimos en nuestros manillares. Subimos hasta Larraiz en bicicleta, pero bajamos en avioneta, a mataballo, fru, fru, fru. O casi.

En esta hora de los recuerdos, también me acuerdo de Pamplona. Fue idea tuya. «¡Antes de ir a la mili, tenemos que conocer los sanfermines!» Y, qué demonios, allá que nos fuimos, también en bicicleta; aunque esta vez sin volar. Tú no me ves, pero estos recuerdos y estas añoranzas me hacen sonreír de oreja a oreja. Echamos una bonita parranda. A pesar del cansancio. A pesar del miedo. ¡Le echamos huevos!

Todavía puedo ver la manada de toros corriendo hacia nosotros. Con más brío que un tren. Pero tú te habías echado las alpargatas al hombro y llevabas puestos unos zapatos de goma; no parabas de

* Por entonces, Villafranca de Oria; posteriormente, Villafranca de Ordicia; y, en la actualidad, Ordizia (Gipuzkoa). El resto de los nombres, como Vidángoz (Bidankoze), respeta la grafía de la época.

resbalarte, y apenas podías correr. Las pasaste canutas, y yo también me vi en un buen aprieto. De todas maneras, el que sí las pasó de órdago, y aún peor, fue aquel otro mozo. ¡A quién se le ocurre plantarse ante el hocico del toro, con dos barras de pan a modo de banderillas y hacer por clavárselas! El toro le dio un buen revolcón y aquel pésimo toreador terminó por levantarse y llegó como pudo a la barrera. Pero la bestia no se dio por satisfecha y siguió de cerca al joven y, contra las tablas, lo corneó en el costado, de modo que ni podía desenclavarse de los tablones. Les costó sacarlo de allá, liberar la carne de la madera.

Nosotros también hicimos alguna que otra diablura. ¿Te acuerdas? Todavía recuerdo cómo íbamos, camino de Pamplona, con nuestro *pañuelico* rojo. Al pasar por Ataún, de repente nos salieron unas gallinas a mitad del camino y terminamos atropellando a más de una. ¡Qué remedio! ¡Menudo cacareo! ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Pero, luego, a la vuelta, nos pidieron cuentas... Allí estaba el labrador, quieto como un árbol y con una vara en la mano. Pasamos más rápidos que los ciclistas por línea de meta. Y nos llevamos más de un varazo. «¡Ya os cogeré! ¡Granujas del demonio! ¿De dónde sois? ¡Decidme cómo os llamáis!» Y nosotros pedaleando sin resuello, entre risotadas, envalentonados, poniendo pies en polvorosa: «¡Pedro Escapa y Juan de Atrápalo! Cógenos si puedes». Estoy seguro de que se le debió atragantar el caldo de gallina...

Acordarme de estas viejas historias me suele alegrar como un arco iris, pero ya se me ha vuelto a helar la sonrisa. Aquellos lejanos años. Que fácil se dice. Y ahora, las fiestas del pueblo, y tú tan lejos, por aquellos lares. Pronto se celebrará también la romería de San Ignacio en Oyangu, y me faltará el sonido de tu chistu para poder yo batir mi atabal. ¡Qué hueco y vacío dejaste mi tambor! Al final, ¿te llevaste el chistu contigo? Este año, además, no podrán contratarnos para el día de la Virgen en Baliarrain. ¡A ver el año que viene! Pero será a ti a quien más le penará, en pleno agosto, estando tan lejos de tu tierra chica. Pero, sobre todo, te imagino acordándote de Lucía, ¿no es cierto? El recuerdo de tu corderita, sin duda, te hará la ausencia

más llevadera. Y, por supuesto, no me olvido de lo que te prometí. Déjalo de mi mano. Ya cuidaré de ella, ya. Incluso la acompañaré a casa, si me lo pide.

¡Cuánto te echo de menos, Gabriel, cuánto! No se me ocurre qué otra cosa decirte. No sé si los moros son mala gente, ni cómo te las apañarás en aquellos lugares; pero, por si acaso, no dejes de mantenerte en guardia. Ah, y a ver si tienes ocasión de ver aeroplanos de verdad. Me alegraría mucho.

Ten coraje y no descuides tu salud,

JUAN DE ATRÁPALO